

tar continuamente dedicado, es más dulce, más grato y más fecundo en recursos. Se ha dicho que no se puede robar todo al poeta, porque le queda siempre su lira. Tampoco se puede robar todo al improvisador, que tiene en sus pensamientos el delicado perfume de la poesía sin imitar sus ficciones. El no es un ser quimérico que construya una existencia distinta de la real y que la embellezca con el eco de sus cantos: es un ser positivo que vive la vida conocida, pero despojada de su corteza, vaciada en un molde en que todo es espiritual, todo tierno y consolador. Después de haber vivido más ó menos tiempo de ese modo que los demás no comprenden, muere también como ellos; pero no se entierra con él su nombre esclarecido por la fama, sino que va más allá de la tumba. Las pirámides de Egipto no han podido transmitirnos el nombre de los reyes poderosos que las mandaron fabricar, y en tanto pasa de edad en edad la gloria de Demóstenes, de Ciceron y de Mirabeau. Parece que esto sea una reparación de la justicia divina. Los que brillan sobre la tierra para oprimirla con su planta ó para devastarla con el acero, no logran hacer pasar su memoria á la posteridad, que se venga condenándolos á un oprobioso olvido. Solo el genio tiene la prerogativa de no morir, porque cuando ya ha desaparecido del mundo, quedan en él las magníficas obras de sus inspiraciones, y el recuerdo dulce de su luz transitoria.



CAPITULO X.

El improvisador después de dejar la tribuna.

Ya hemos oído al improvisador que ha llegado á formarse con el estudio y los ejercicios, y le hemos visto recoger en una hora la recompensa debida á sus trabajos y perseverancia. ¿Está todo concluido? No: es necesario que no pierda de vista algunas prevenciones si quiere no deslucir su éxito, y si desea conservar siempre su reputación en la altura á que ha logrado elevarla. Los taquígrafos se han apoderado de su discurso y se lo presentan para que lo corrija. ¿Qué debe hacer? Si lo han copiado bien en la parte de afectos, dejarlo como está y no porfiar en darle una pulidez y reforma que por lo común lo debilita. ¿Hay alguna palabra repetida, algún desorden en las ideas? Déjese sin embargo como la pasión lo ha dictado, porque la pasión tiene su lenguaje peculiar, y no se acomoda al rigorismo de los preceptos. En los movimientos apasionados muchas veces la irregularidad gusta, y las repeticiones dan fuerza. En el pasaje que hemos citado de Isnard, en el capítulo anterior, se halla cinco veces repetida la palabra pueblo en

el corto espacio de muy pocos renglones. Esto en un libro hubiera sido insoportable, y en el discurso es bello, animado y vehemente. El hipérbaton también sigue diversas reglas, porque en él debe consultarse á la sonoridad y corte de las frases, puesto que el tono y las inflexiones de la voz quitan la oscuridad que de otro modo resultaría. Estas son las ventajas de la palabra hablada sobre la palabra escrita, y el que la haya pronunciado no debe dejarlas perder, porque siempre ha de leerse su producción como discurso de tribuna, y no como composición meditada de gabinete. ¿Quiere el improvisador pulir y mejorar lo que ha dicho en el calor de un instante afortunado? Que lo procure desde luego. Que borre, que quite, que añada, que transforme la dicción: producirá una perfección severa, rígida y muerta, y habrá quitado á su obra toda la parte de vida, toda la valentía á que debió el más brillante suceso: la habrá quitado para ajustarse á reglas generales todas las bellezas especiales y propias de aquel idioma, y de las pasiones de que en aquel instante se encontraba poseído su auditorio. ¿Qué se ha logrado con esta transformación? Un mérito insignificante á costa de sacrificar el mérito grande y verdadero. Tal vez también hacer la obra más accesible á los extranjeros, porque se habrá ajustado á reglas comunes, conocidas en todos los idiomas; pero se le habrá despojado del gusto del país propio, de la época actual y de las circunstancias del momento, que forman el valor principal de esta clase de producciones, que todo lo toman rápidamente de la actualidad y de la hora fugitiva. No es la aprobación de los extraños la que debe procurar asegurarse el improvisador en sus correcciones; porque como ha dicho un escritor notable: "Ninguno es en una literatura viva

juez competente, más que de las obras escritas en su propia lengua. En vano, dice, creéis poseer á fondo un idioma extraño. Os falta la leche de la nodriza y las primeras palabras que os enseña en su regazo; ciertos acentos que no son más que de la patria. Cuanto más íntimo y más nacional es el talento, se ocultan más sus misterios al entendimiento que no es su compatriota. El estilo no es como el pensamiento, cosmopolita. Hay una tierra natal, un cielo, un sol para él." No lo dudemos: siempre que se quiere corregir lo que la pasión ha inspirado en los momentos dichosos en que halaga con su divino soplo el alma del improvisador, mejoraremos alguna línea imperceptible, pero destruiremos cuanto había de bello, de grande y de poderoso; daremos algún retoque parcial é insignificante; pero borraremos las valientes pinceladas que producían la vida; puliremos pobre y débilmente una parte, pero mataremos el todo con nuestro ciego deseo de perfectibilidad y de puritanismo.

Para ir aumentando continuamente el improvisador su facilidad, convendrá que se haga una existencia solitaria al menos por ciertas horas, en las cuales separado del mundo se entregue solo á su pensamiento. Entonces irá meditando y haciendo una improvisación silenciosa sobre cuanto le rodea. Sus ideas no serán vulgares ni vulgar tampoco la forma con que las revista. El alma en el recogimiento respira cierta solemnidad muy superior á la que imprimen los hombres en sus estudiados cuadros. Si entonces el improvisador tiene á la vista los campos ó los jardines, en su elaboración muda embellecerá la escena, y no se los representará su imaginación como una obra imperfecta, sino con toda la belleza del Edén antes del pecado. Si piensa en una mujer, la verá y pintará en su lienzo intelectual como la

Eva de Milton, con la hermosura y las gracias que revelan el inmediato contacto de la mano que la formara. Si se acuerda de la tiranía, presentirá en sí mismo el rayo que la ha de derribar, y formulará frases encendidas que un día caerán sobre ella para aniquilarla. Así para él será todo tribuna, y la continuacion y el hábito acabarán de darle el triunfo sobre todas las dificultades. Entonces conocerá que la improvisacion es su elemento, brillará en todas las ocasiones en que tenga que revelarse, no encontrará rival que dispute ó empañe su gloria, y podrá apropiarse con cierto orgullo los versos alusivos al poeta escénico que el señor duque de Rivas ha dedicado al Sr. Rubí:

“.... Un pueblo numeroso
Atento ocupa la engañosa escena,
Frenético entusiasmo le enagena;
Retiembla á sus palmadas el salon.

El genio de un poeta venturoso
Lo fascina, aprisiona, exalta, enciende,
Y en dominio sin límites se estiende
Su celeste fugáz inspiracion.



jana de la cuna; sin el recelo que dan los desengaños, sin los ódios que engendran los disturbios, puede adelantarse llevando en la mano la oliva como nuncio de paz, á conquistar con las ideas y con la palabra lo que falta á nuestra regeneracion. Tristes son siempre las páginas que la historia escribe con sangre para perpetuar los hechos homicidas que decora en su ceguedad con el nombre de heróicos: dulces y consoladoras las pocas líneas en que conserva esas invasiones tranquilas del pensamiento que han hecho la ventura de las naciones á despecho de sus tiranos. Esas invasiones son las únicas que admite la filosofía de nuestro siglo, porque no son ni violentas ni opresoras. La juventud es la encargada de presentarse en el palenque á sostener la causa de la humanidad, de la civilizacion y de la libertad que son una cosa misma. Yo he escrito este libro para esa juventud, porque en ella he tenido siempre inmensas esperanzas. Recuerdo que en una sesion célebre hablaba así hace algunos años de su influencia en los negocios públicos. “Yo no veo, decia, en ello otra cosa, que la ley de renovacion y de lozanía que preside á nuestra época: porque á la juventud están entregadas las llaves del porvenir; porque ella es la depositaria de los destinos de la patria; porque solo la juventud puede conocer bien el siglo en que ha nacido, el siglo que es suyo, el siglo que le pertenece; porque llena de ardimiento, con un corazon vírgen de accion, con un alma rebosando fuego, se lanza á las grandes empresas con el grito de Medea de “Yo me basto á mí misma,” siéndola indiferente ceñirse la corona del triunfo ú obtener la palma triste y funeral del martirio.”

No temo hoy ver burlada mi esperanza ni desmentida mi profecía.

Sí, juventud española: Tú has presenciado nuestras luchas sobre la arena del debate, en las cuales hemos logrado que se consignasen en un pacto principios y derechos á la vez olvidados y aborrecidos. Todavía inveterados abusos, bastardos intereses, doctrinas corruptoras y pasiones mezquinas luchan contra ellos, y torpes alianzas se celebran para destruir ó mutilar esta obra que ha sido el premio de nuestros afanes. Mucha sangre se ha derramado para lograr que se escribieran algunos renglones en que se pagará un tributo á la dignidad del hombre y á la soberanía de nuestro pueblo, y la generacion que ya pasa y muere, te lega á tí, oh juventud que la reemplazas, el depósito de su conquista para que lo guardes y estiendas con tu prudencia y con tu valor.

Tú te hallas en esos dias felices que vuelan para no volver, en que la vida se mece en sueños dorados y en plácidas ilusiones, en que cada hora nos trae un proyecto, y en que el ardimiento y la fé, y la fuerza de una voluntad siempre perseverante y siempre renaciente, vence todos los obstáculos por grandes y poderosos que sean. En esa edad dichosa vivir es querer, y querer es alcanzar. Aprovechate, pues, de esa ventaja que morirá con los años.

Tu campo de batalla va á ser la tribuna, porque solo en ella deben pesarse esos derechos santos que Dios concedió al hombre, y de que la intriga y la maldad intentan sin cesar despojarle. Pelea con la palabra que funda, y no apeles á la fuerza que destruye y aniquila. Los tiempos han variado, y lo que antes se decidía con las armas, hoy se decide tranquilamente en medio de las asambleas. La razon pública condena todos los actos de violencia, quiere ser regida solo por la autoridad del

pensamiento, y manda á los gobiernos que escriban las leyes y tracen su rumbo, no al pálido y siniestro fulgor del disparo de los cañones, sino á la luz bienhechora que arroja la discusion.

Esa discusion te llama, para que campeón de la humanidad vayas á sostener la causa que ella te encomienda. Pero inútil seria arrojarte á la pelea cuando suene para tí la hora del combate, armada solamente de tu deseo y de tu heroismo. Las luchas del talento piden tanta táctica como las batallas de las legiones. Prepárate para ese dia suspirado que debe ser el de tu gloria, y procura con perseverante afan adquirir la espada de la palabra que es la única que se permite esgrimir en nuestras pacíficas contiendas.

El círculo de las discusiones se agrandarà sin duda, y el tiempo traerà nuevos descubrimientos y nuevas teorías, porque las aspiraciones de las sociedades no están enclavadas, ni escritos los actuales destinos en un libro de bronce. De ese certámen universal de que ha de ser actor y espectador el mundo, saldrá á no dudarlo la idea suprema que encierre la ventura de tantos pueblos, fatigados y perdidos hasta hoy en estériles tentativas. Piensa, oh juventud, que el universo te contempla, que has aparecido en la tierra en una coyuntura favorable, y que no debes defraudar ni el encargo de tus padres, ni las esperanzas de tus hijos. Piensa que en esta filosófica cruzada de las naciones, ninguna puede quedarse atrás sin mengua, y piensa por último que nada es mas vergonzoso al hombre público, que resignarse á la oscuridad de dejar escrito su nombre solo sobre la tosca lápida de un sepulcro.